

La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.

Una posible lectura introductiva, entre otras muchas

RICARDO OLMOS*

Las páginas que siguen invitan a un ejercicio de memoria colectiva y a la crítica, al cumplirse cien años de la creación, en junio de 1910, de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (en adelante, simplemente Escuela Española o EEHAR), hoy un centro de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.¹ Medidos desde la escala humana, cierta convención de biología histórica más o menos aceptable viene a propo-

* Director de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma-CSIC.

¹ Este texto se ha visto notoriamente enriquecido gracias a los archivos de la Fundación Menéndez Pidal, a la generosidad de cuyos responsables expreso aquí mi gratitud y mi deuda. Me atendió, con viva cordialidad, su patrono y bibliotecario D. José Polo. Toda la correspondencia entre Pijoan y Pidal que aquí se cita procede de estos archivos.

nernos que cien años representan el *floruit* o impulso de plenitud vital de cuatro generaciones sucesivas: de los bisabuelos a la nuestra. Pero incluye también la perspectiva de los «hijos», si miramos, como resulta inevitable en la vida de los hombres, a la quinta generación, la de los sucesores, pero situándonos no ya en el presente sino en el inminente futuro y en sus inciertas conjeturas.

CUATRO GENERACIONES..., Y UNA QUINTA

En nuestro caso aceptemos que sean cuatro las generaciones o períodos que se suceden, desiguales en duración e intensidad: el de los pioneros y fundadores, cuyo ilusionado brotar surge a inicios del siglo xx para realizarse en la primera Escuela de entre 1910 y 1915 pero que continúa en estado latente e indeciso hasta la cesura política, vital e intelectual de la Guerra Civil.² Esta época altamente compleja y crucial aparece marcada por una tradición de maestros y discípulos en relación casi evangélica, que iniciamos con un aún juvenil Josep Pijoan³ y un maduro Menéndez Pidal y cerramos con un ya tardío y nostálgico Elías Tormo. Mejor que a nadie les conviene el nombre de «patriotas» pues a muchos de ellos les unió la generosidad ante la llamada: hay que «salvar el país».⁴

En el entonces recién creado espacio de Roma los pensionados constituyen la generación naciente, que convive y comparte un ambiente cenobítico con su impulsor y tutor, Pijoan. Los que por la Escuela pasen han de ser «...hombres jóvenes, no deformados todavía por prejuicios y la holgazanería universitaria...».⁵ Pero a veces no es así: el pensionado Martín Robles, por ejemplo, «no ganará mucho quedándose en Italia. Es un temperamento demasiado formado».⁶ Se requiere una cera humana moldeable. Este campo, el de la enseñanza de la primera Escuela, se ofrece aún como tema abierto de investigación.

La sede junto a la iglesia hispana ostenta el nombre de Palazzo di Monserrato (Espadas, 2000: 70-80). Es lugar de alimentación del cuerpo y de convivencia y disciplina del alma. Allí se ejercita la nueva y decisiva llamada de la ciencia, exigente, ascética, vocacional:

«...yo me encargo de hacerlo hombre de vocación, aunque ahora esté poco formado».⁷

El dinero, tan esperado, nunca llega ni a tiempo ni de forma suficiente («no queda un céntimo...») pero no impide que, trampeando aquí y allá, se

² M. Espadas Burgos, 2000, pp. 25-89; T. Tortosa, 2007; J. Pedro Bellón, *infra*.

³ A lo largo del libro, el lector encontrará dos maneras distintas de citar a este personaje, Josep Pijoan, en catalán, o José Pijoán, en castellano. Los editores han respetado la elección de cada autor.

⁴ J. Pijoan a R. Menéndez Pidal en carta de 17 de diciembre de 1911: el primero llama al segundo el «generoso patriota» que hace un gran sacrificio para salvar el país.

⁵ J. Pijoan a R. Menéndez Pidal en carta de 4 de diciembre de 1911.

⁶ *Ibid.*

⁷ J. Pijoan a R. Menéndez Pidal en carta de 4 de diciembre de 1911.

contrate al cocinero-albañil italiano (Espadas, 2000: 76 ss.), hombre de confianza que aprende a cocinar a la inglesa y que acabará prefiriendo los pudings a los macarrones, lo que no acabo de creerme que sea cierto del todo.⁸ Se atiende así —mañana y mediodía— al grupo de pensionados: «con (...) dos comidas hay bastante para mantener cordialidad».⁹ Tal vez también llegue el dinero para los muebles de la casa naciente, la cual día a día se irá adornando mientras sus moradores van tejiendo paulatinamente la trama incipiente de la vida social. A través de las cartas conservadas asistimos al relato de esta construcción artesanal. Los detalles son vívidos, cálidos, precisos. ¿Llegarían los azulejos sevillanos que se habían pedido al Duque de San Pedro para que los enviara en cajas a Roma, icono españolísimo que se espera como regalo de un noble de quien se da por supuesto una deferencia hacia esta nueva clase naciente, la selecta burguesía intelectual¹⁰? ¿Y qué decir del sentido lúdico y social del piano en el salón? ¿Y el reloj de la Escuela...? Dice Pijoan que él mismo irá a Ginebra a comprarlo, tan necesario, acaso un símbolo de ese laboratorio nacional que se asocia a la precisión, a las normas, a la simultaneidad, si se nos permite adaptar a nuestra diminuta microhistoria el bello título del texto que Tiago Saraiva nos ofrece en sucesivas páginas. Hay que preparar bien el espacio, tal como requieren las normas de cortesía y de hospitalidad. Pues a las complejas relaciones de convivencia interna se une el deseo de que otros, los visitantes de España y, sobre todo, los colegas de Roma, se acerquen y nos conozcan, pues saben que la Escuela no se construye desde dentro, en soledad. En la ciudad del pasado histórico por excelencia y del conocimiento colectivo, que tantos estudiosos del mundo hacen crecer día a día, se exige una relación humana cálida y la apertura a los demás.

La primera generación de pensionistas reclama pronto su identidad e independencia y en ocasiones se rebela ante los mayores o, simplemente, siente nostalgia por la patria abandonada. Los fundadores, como Pijoan, son conscientes de su fragilidad; su paso por allí ha de ser obligadamente temporal: un verdadero fundador nunca ha de quedarse mucho tiempo en el lugar, debe desaparecer.¹¹ ¿Quién podrá sucederles¹²? Se viaja por Italia y se regresa a la Escuela con apuntes de viaje y con experiencias que contar. Es un momento admirable, aún puntualmente por estudiar. A sus principales protagonistas dedicamos el dilatado primer capítulo de este libro, un honor sagrado como el que en la antigua Grecia se debía a los «protoi heuretaí», a los antepasados fundadores de fronteras y ciudades. Tengan aquí también el obligado monumento, su «mnema».

⁸ J. Pijoan a R. Menéndez Pidal en carta de 11 de septiembre de 1911.

⁹ J. Pijoan a R. Menéndez Pidal en carta de 9 de mayo de 1911. Otros testimonios en Espadas 2000, l.c.

¹⁰ J. Pijoan a R. Menéndez Pidal en carta de 4 de diciembre de 1911.

¹¹ Pijoan a Menéndez Pidal, en carta de 11 de septiembre: «Tenemos que desaparecer. Yo tengo esta idea, que los fundadores estorban, cuando las cosas están en marcha, porque tienen demasiada autoridad».

¹² *Ibid.*: «Deberá venir un hombre de ciencia puro, que se imponga por su autoridad».

Fig. 1. Rafael Altamira y Crevea (1866-1951). Archivo Residencia de Estudiantes.



Como época significa, sobre todo, el primer asombro ante la ciudad y ante las otras instituciones y sus bibliotecas, la del desarrollo de una historia nacional, ya profesionalizada desde finales del siglo XIX pero ahora reivindicada en Roma, y la de fecundidad de una ciencia histórica neopositivista que bebe a manos llenas de los archivos y sus tesoros y documentos inagotables. Este deseo se expande por diversos rincones de España, como acto proselitista de los fundadores de la historia. Con estas palabras lo expresa Eladio Oviedo y Arce, capellán del Seminario Conciliar de Santiago de Compostela, quien siente la necesidad de trasladarse a Roma para cambiar su vida:

«Mi ideal en general es descubrir fuentes y publicarlas. Creo que es lo que más necesitamos, nosotros los ahítos de garrrulerías oratorias y filosóficas».¹³ Rafael Altamira, motor de la nueva historia profesional, le había hablado de la Escuela (fig. 1). La ilusión se contagia y les impulsa.

La práctica arqueológica, que estimula el entorno, permanece alerta, en latencia: se inicia el aprendizaje en las excavaciones de Roma, como aquellas abiertas en el Palatino a las que acude el pensionado Bordás,¹⁴ por cierto delicado de salud y a quien el clima no le prueba, «los meses de penuria lo estropean».¹⁵ De la biblioteca propia, el atisbo y la esperanza de los primeros libros, principalmente de temas de España, que van pidiendo los propios pensionados: ¿cómo elegir, qué se debe o no comprar, cuál debe ser su identidad? De aquella primera biblioteca nos queda tan solo el diseño del mueble en una carta de Pijoan a Menéndez Pidal (fig. 2). Es, por cierto, época de viajes en tren y de comunicación por correspondencia, con un *tempo* largo y con dilaciones propias, los silencios, las esperas, las lecturas gozosas de las cartas del maestro que acaban de llegar de Madrid y que se comparten y comentan entre todos en el salón común.¹⁶ Pervive el encabalgamiento y tensión latente entre España y Roma: la decisión, se retiene en el Centro de Estudios Históricos, que detentará el poder. Y en la conciencia colectiva se mantiene viva la dualidad entre Barcelona y Madrid: por un lado, se reconoce el impulso de Cataluña, propiciado principalmente por el Institut d'Estudis Catalans; por otro, se reclama la sentida necesidad de incrementar la participación castellana, con futuros becarios, al menos uno, que equilibre las

¹³ Carta de Eladio Oviedo y Arce a Josep Pijoan, de 7 de mayo de 1911. Archivo de la Fundación Menéndez Pidal.

¹⁴ Carta de J. Pijoan a R. Menéndez Pidal, 29 de noviembre de 1911.

¹⁵ Carta de J. Pijoan a R. Menéndez Pidal, abril de 1911.

¹⁶ Carta de J. Pijoan a R. Menéndez Pidal, 4 de diciembre de 1911.

fuerzas.¹⁷ Roma es un espejo, en microcosmos, de las dos Españas nacionalistas de la época. Cataluña y Madrid aparecen representadas, especularmente, en sus dos escuelas.

* * *

Nuestra segunda generación se sitúa en el largo período de la posguerra, el del franquismo del aislamiento y empobrecimiento material y —lo que aún es peor— el del confinamiento intelectual que conllevó entre sus secuelas trágicas el conflicto, acallando la voz de los maestros y dispersando por el mundo, o ahogando dentro de España, la de algunos de sus mejores discípulos.¹⁸ El inicial laicismo de la Junta para Ampliación de Estudios y su ciencia civil, denostada como sectarista por los vencedores, se torna en el CSIC de estos años decididamente confesional.¹⁹ La refundada Escuela se marca entonces con la impronta militante del nacional-catolicismo. Conoce el asalto al poder de instituciones religiosas como el Opus Dei, capitaneada por el Padre José María Albareda entonces Secretario General del CSIC, junto con las adaptaciones e inadaptaciones individuales a la nueva situación, los silencios y las personas silenciadas, que no fueron pocas, y algunos arribismos.

Hay quien, en llegando a Roma, busca su cobijo intelectual en instituciones italianas y extranjeras, en otras escuelas: en 1954 Antonio García y Bellido escoge decididamente como hogar el Instituto Germánico, el DAI (fig. 3). La temprana creación en la Roma de 1949 de un Instituto de la Lengua y la Literatura Española, antecedente de los institutos de cultura como el actual Instituto Cervantes, muestra los ensayos de otro lenguaje y estilo diferentes, pero poco duraderos, en un momento en que la Escuela aún se está reconfigurando. La dirección de este centro, encomendada a un historiador laico de las religiones formado en Roma, Ángel Álvarez de

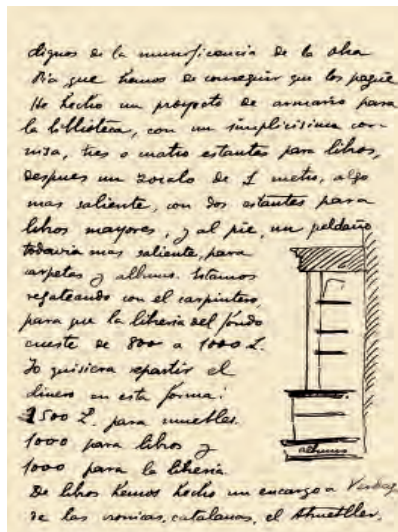


Fig. 2. Extracto de carta de Josep Pijoan a Ramón Menéndez Pidal. Noviembre 1911. Fundación Ramón Menéndez Pidal.



Fig. 3. Antonio García y Bellido en el Deutsches Archäologisches Institut de Roma en 1954. Imagen cortesía de la familia García-Bellido.

¹⁷ Carta de J. Pijoan a R. Menéndez Pidal, de 17 de diciembre de 1911: «Creo necesariamente que debe venir a lo menos un castellano. Conviene fundir estas dos escuelas, conocerse, hermanarse, y aquí hay ahora espíritu y gente buena».

¹⁸ Cf. *infra* J. P. Bellón en el capítulo II.

¹⁹ Véanse *infra* textos de J. Pedro Bellón y Cristina Jular en el capítulo II.

Miranda, no deja de ser —por su contraste entre las tendencias dominantes del momento— altamente significativa.²⁰

Pero ¿y la generación del pasado, qué ha quedado de aquellos ilustres fundadores? ¿Cuáles son ahora sus recuerdos, bajo qué tamiz se muestran o se ocultan? Envuelto en el aura de su inmenso prestigio académico don Ramón Menéndez Pidal viaja de nuevo a Roma en 1951, cuarenta años después de su primera visita en 1911, cuando se había acercado con ocasión de la exposición arqueológica internacional en las Termas de Diocleciano.²¹ Por aquel entonces, lógicamente, había hecho el viaje en tren y conocemos su itinerario así como las limitaciones del ascético viaje, que conservamos emborronado sobre un escaso trozo de papel en la Fundación que lleva su nombre.²² Ahora lo hace en avión, al llegar se encontrará enseguida con la Via Appia y se alojará no ya en una pensión mediana sino en el Grande Albergo Minerva, vecino al Panteón. Un dato político altamente significativo: en el aeropuerto le esperarán los dos Embajadores. Viene para inaugurar en Nápoles el Instituto español, donde dictará la lección «Los Reyes Católicos en Maquiavelo y Castiglione». Las prensas española e italiana se hacen eco del ilustre sabio, que visitará a un Benedetto Croce ya enfermo. La Nápoles culta transmite su saludo al insigne historiador, así lo anuncia *Il Giornale de Nápoles* en su titular de 10 de diciembre de 1951. Teresa Cirillo evoca en nuestro libro esta estancia a través de la figura de Félix Fernández Murga, estudioso de la actividad de Alcubierre en las ciudades vesubianas, quien recibe y acompaña a Pidal en Nápoles.

En su nota de prensa de 15 de diciembre el diario *Ya* menciona «la venida del ilustre maestro de romanistas, director de la Real Academia Española, quien al cabo de cuarenta años de su anterior viaje romano para fundar aquí la Escuela Española de Historia y Arqueología, ha vuelto a inaugurar el nuevo Instituto español de Lengua y Literatura en Nápoles y a honrar el de Roma con una sabia conferencia». Pero Don Ramón, que nada más llegar al hotel sigue la fiel costumbre de escribir a su mujer María Goyri para ponerle al tanto del viaje, silencia significativamente ese pasado en estas cartas tan puntuales y llenas de pormenores. ¿Por qué lo calla en su intimidad conyugal? La vida, imparable, deviene actual, la supervivencia nos transforma. A su esposa le refiere, en cambio, que en Roma ha visitado en el Vaticano al Padre Anselmo Albareda «tan afectuoso y cordial a pesar de lo poco que nos vemos» y también a Monseñor Higinio Anglés, el gran musicólogo catalán, y ha encontrado a otros viejos amigos en la Embajada ante la santa Sede. Acompañado de Ángel Álvarez de Miranda y su esposa reencontraremos su imagen dialogante junto a las escalinatas de la Fontana de Trevi (fig. 179). Francisco Díez de Velasco y Pedro Álvarez de Miranda evocan en su texto esta presencia.

²⁰ Sobre esta figura y la creación del Instituto, cf. *infra* F. Díez de Velasco y P. Álvarez de Miranda en el capítulo II.

²¹ Cf. *infra* J. P. Bellón y T. Tortosa.

²² Se conserva en la Fundación Menéndez Pidal.

Las heterogéneas aspiraciones de la nueva generación encuentran una tierra natural en Roma, espacio diverso y siempre de acogida, pero irán conociendo en la Escuela española atisbos de una institución crecientemente profesional y prometedoramente laica, con diversificadas líneas científicas que se abren paso con esfuerzo y ofrecen algunos frutos muy fecundos. Representa una época mucho más compleja y llena de matices de lo que con ciertos prejuicios presuponíamos. Son los años iniciales y centrales del palacete de Villa Albani, espacio de representación que había alquilado y luego comprado el CSIC del franquismo, y la de los directores ausentes que, actuando generalmente desde Madrid, de vez en cuando se honraban en visitar y gobernar su virreinato de Roma (Espadas, 2000: 93 ss.). Pero también es la etapa, llena de vitalidad y de becarios porosos —junto con el inicio de la presencia femenina, aún muy escasa— a la Europa democrática. Conoce el surgimiento y auge del Instituto Jurídico Español, creado por entonces bajo el paraguas común que acoge a la Escuela, junto a la que convive, y que vivifica la talla intelectual de Álvaro d'Ors.²³ Y son los años fecundos de la musicología, asociada a unos estrechos vínculos con el Vaticano pero, sobre todo, a la ilusión y continuidad casi artesanal que se transmite, generación tras generación de persona a persona, del maestro al discípulo.²⁴ La dedicación del día a día ha dejado una semilla fecunda que ha dado sus frutos: nutrido por los mismos estímulos el Instituto de Musicología de Barcelona del CSIC corre paralelo a esta actividad en Roma.

Y esta época significará, sobre todo, algo tan revelador y eficaz como es el inicio de la presencia arqueológica española en suelo italiano: son principalmente los años de las excavaciones en el santuario itálico de Gabii, en el Lacio, que promueven los contactos personales de Martín Almagro Basch. A Gabii acuden grandes figuras, como Alberto Balil y un entonces joven Emilio Rodríguez Almeida, quien nos transmite en los diarios junto con los datos de la excavación su finura como dibujante²⁵ (fig. 4). Se ensaya, pues, una investigación de un tema que ya no es exclusivamente de

Fig. 4. Dibujo de terracota de Gabii (Emilio Rodríguez Almeida, 1965). Archivo EEHAR.



²³ Para la experiencia personal de quienes vivieron esa época cf. *infra* el texto de Fernando Sánchez Calero, que denota un profundo respeto a los maestros y al marco institucional. Una similar sensación de optimismo vital, se desprende de la entrevista al Profesor Manuel Díez de Velasco, fallecido en 2009.

²⁴ Sobre esa admirable transmisión generacional del magisterio, que arraiga en la Cataluña de finales del siglo XIX, cf. la contribución de J. M. Llorens Cisteró, en la que se traza la línea genealógica desde el gran musicólogo Felipe Pedrell a Higinio Anglés y, finalmente, al propio autor de ese texto.

²⁵ Todas estas figuras encuentran un espacio en estas páginas. Sobre Martín Almagro-Basch, cf. *infra* la evocación biográfica e intelectual de G. Ruiz Zapatero; sobre Alberto Balil, cf. *infra*, G. Delibes. Para las excavaciones en Gabii, cf. *infra*, M. Almagro-Gorbea.

«nuestro» pasado, rompiendo esa habitual querencia de la investigación en la historia de España, a la que se ha llamado ensimismada. Se abren, se apuntan, los otros paradigmas. Hay en esa Roma grandes maestros, que marcan su impronta.

* * *

La tercera etapa corresponde, tras la muerte del dictador en 1975, a la transición democrática y a los años sucesivos, con el retraso que la situación periférica otorga a una institución que por entonces, si no medio olvidada, resultaba al menos en parte incómoda respecto a la vitalidad de la política ciudadana en España, tan cambiante, tan renovadora, tan esperanzadamente diversa.²⁶ No exactamente así en la Escuela, que mantiene aún viejas inercias. Como época de transición es relativamente breve y oscura y en Roma este cambio se lleva a cabo desde el silencio oficial y a través de un latente pero conflictivo olvido. Concluye, ya en la década de los ochenta, con un final no sé si tan esperado cuanto sí radical y desdichado: la impuesta cesión por el gobierno de 1984 de la sede propia del CSIC en Villa Albani a la Embajada de España en Roma para su transformación en un centro cultural.²⁷ No media discusión profesional en la decisión política.²⁸ Significa un camino sin retorno. Nunca investigación y cultura parecen haber estado hasta entonces tan radicalmente divorciadas.

Esta etapa-bisagra logra conocer, ya en sus años últimos pero todavía bajo la materialidad del mismo edificio, una clara conciencia de la Escuela como institución científica que se justifica por su creciente diálogo con los círculos homólogos de Roma y, sobre todo, por sus frutos tangibles en un deseo de eficacia acumulativa: rendir cuentas y saldar viejas deudas.²⁹ El campo de interés se extiende en cronología y temática desde la Arqueología y la Antigüedad a la época contemporánea y las relaciones internacionales. Los becarios se diversifican por intereses científicos diversos, que abarcan por igual los campos de la historia y la arqueología, y también por género, con una creciente presencia femenina, aún no del todo equilibrada. En el momento del tránsito, se impulsa y sistematiza la biblioteca, que busca su espacio propio, aunque humilde, en el denso bosque bibliográfico de Roma. Junto a un período de aparente abandono hay otro en que los becarios trabajan y viven intensamente en la Escuela. Pero de nuevo Roma parece entrar en el letargo, a pesar de la vitalidad democrática que vive España.

²⁶ Cf. el desarrollo de este ambiente político-científico, *infra* J. P. Bellón; M. Espadas, 2000, pp. 111 ss.

²⁷ Cf. M. Espadas, 2000, pp. 122 ss. Sobre la lectura y la opinión que en los iniciales años ochenta el gobierno en el poder y la Embajada han forjado sobre la Escuela, es altamente revelados el testimonio revelador del entonces Embajador ante el Quirinal, Jorge de Esteban, en unas prolijas memorias. Cf. Esteban 2003-205.

²⁸ Desde la claridad y la ironía cf. *infra* el testimonio vivo de Javier López Facal, Vicepresidente en aquellos años del CSIC.

²⁹ Cf. en este volumen para los pormenores de estos logros, el texto de M. Almagro-Gorbea, director de la Escuela en ese período final de Villa Albani.